

TSÉ

Querida amiga, es muy triste para mí pensar en todo esto. Ha pasado mucho tiempo ya, desde aquella vez cuando, rebosantes de inocente juventud, nos divertíamos revoloteando aquí y allá; tan vitales y fuertes que un aciago destino era impensable.

Ahora soy una anciana frágil y melancólica que no quiere morir con un secreto. Tan penoso es, que contrariamente a nuestra naturaleza, he llorado.

Sabes muy bien lo que nos cuesta escribir cartas. Pero la muerte de Tsé, nuestra entrañable compañera, me ha hecho vencer esta dificultad y he decidido contártelo todo. En honor a la verdad, es realmente necesario para mí expiar la culpa y paliar el dolor, liberarme de la vergüenza y de las imágenes de su horroroso final.

Tsé siempre fue inquieta, movediza e impredecible. Aunque el mundo también la despreciara, ella se sentía hermosa, invencible, invulnerable. Nunca he visto a nadie llevar con tanto orgullo su estirpe, hacer caso omiso de la maldición de encarnar el asco atávico de la humanidad. Por eso no es extraño que emprendiera este viaje despreocupadamente. Como si esta aventura riesgosa fuera un simple paseo. Creo entender ahora, que su instinto le permitía saber que sus días estaban terminando, a pesar de ser tan joven. Con avidez consumía su vida.

Así es que llegamos hasta un pueblito, muy pequeño y pintoresco, desde el que se veía la Gran Muralla. No recuerdo el nombre, pero sí lo embriagador de su paz y tranquilidad. Realmente es un lugar agradable. Sus habitantes son atentos y condescendientes; el respeto al otro es un valor supremo, sin importar razas, credos o ideologías. La cordialidad, un don común en su gente.

Como consecuencia natural de tan elevadas cualidades, lo edilicio y urbanístico rozan la perfección. Moverse por sus calles es una delicia, no hay semáforos, el tránsito es más que ordenado, cosa que a nosotras no nos importaba mucho, ya que nos movemos con envidiable ductilidad, incluso en Hong Kong, donde el gentío nos parece un vergel. Tan atípico es, que una vez, en un programa de televisión sobre curiosidades de China, un periodista se refería a un dato estadístico sorprendente: desde su fundación, en los tiempos de la *Dinastía Shang*, ¡no se habían registrado crímenes! La policía y el juzgado solo trabajaban en casos de accidentes y en causas civiles. Hasta los divorcios son de común acuerdo y las sucesiones de lo más armoniosas, por más jugosas que sean las fortunas a heredar. En la nota lo llamaban la capital de la no violencia. Cómo habrá sido mi sorpresa que estuve todo el tiempo sobre la pantalla de ese LCD, ¡con el riesgo que eso implica!

Realmente, un pueblo distinto. Por eso es que la tragedia de Tsé fue inesperada para mí. Ahora pienso en lo ilusa que he sido; a pesar de ser una vieja conservo esta candidez, que nunca tuvo ni una pizca de malicia o de desconfianza, tan necesarias para sobrevivir en esta selva.

Todo sucedió una madrugada en la que llovía como nunca. La tormenta parecía querer contrastar con la paz del pueblo, ya que en las alturas se había desatado una guerra; relámpagos y truenos arreciaban. Acabábamos de llegar al pueblo y Tsé se distrajo con dos encarnizados jugadores de Go que

Llevaban horas en una partida al aire libre, en la plaza. Era gracioso verlos, indecisos entre mojarse o definir quién ganaba. Yo me adelanté y la esperé dentro de un restaurant, no quería correr el riesgo de empaparme. Un instante después entró zumbando al pequeño local, esforzándose contra el vendaval y esquivando la lluvia, que se había convertido en baldazos que caían del cielo. A esa hora seguramente era lo único que estaba abierto en el pueblo, por lo que estaba repleto. Yo la esperaba en un mostrador, donde estaba exhibida la comida. La vi pasar a mi lado, enceguecida. Ahora entiendo que el aroma de las albóndigas de cerdo fue el camino de su perdición. Hambrienta y voraz como siempre, Tsé se acercó al plato de un caballero y, sin mirarlo siquiera, con sus manos tomó la comida con desesperación y empezó a tragar y tragar. Yo, perpleja, seguía incrédula la escena, a escasos metros de distancia. Ahora me recrimino no haberle dicho algo. Lo recuerdo como en cámara lenta: el gentil hombre, educado, primero la miró. Nada, siguió comiendo. Después intentó disuadirla con un suave gesto de su mano. Nada. Insistió con un poco más de vehemencia amagándole con los palillos. Allí Tsé reaccionó, y apoyándose sobre la mesa se quedó quieta, como pidiendo disculpas; avergonzada, limpió los restos de carne de su boca. Pero el hombre, después de dudarlo una fracción de segundos, con un rictus de pena en su rostro, la golpeó con un diario y la dejó muerta sobre la mesa. Sin poder soportarlo yo huí despavorida, temiendo correr igual suerte.

La dejé sola. Ese es el peso que de mi alma cuelga. Si bien ya han pasado dos semanas, no he podido olvidar, ni hallar consuelo.

Querida amiga, realmente era un lugar distinto. Ahora, que es tarde, lo comprendo todo: a nosotras nadie nos quiere. Ni en un pueblo como este.